



MAGALI GARCÍA RAMIS  
ACADEMIA PUERTORRIQUEÑA DE LA LENGUA ESPAÑOLA

## LA INNEGABLE VALÍA DE LAS PALABRAS

RESPUESTA AL DISCURSO DE INCORPORACIÓN A LA  
ACADEMIA PUERTORRIQUEÑA DE LA LENGUA  
ESPAÑOLA DE BENJAMÍN TORRES GOTAY  
SAN JUAN, PUERTO RICO  
10 DE ABRIL DE 2025

**A** mediados del siglo XVI ya era demasiado lo que el gobierno de Roma consideraba como falta de respeto a su gestión administrativa.

Los impresores que seguían proliferando en muchos centros urbanos de Europa desde hacía casi 100 años (una estirpe de ciudadanos vistos como fisgones y algo rastreros por las autoridades), tenían que ser detenidos para que no continuasen minando el poder papal. Porque los impresores de libros eran también los responsables de las hojas sueltas, gacetas y gacetillas que prefiguraban los periódicos, llenas de noticias de batallas y forajidos, príncipes y viajes, sucesos mágicos y milagros, mecenas y cardenales.

Como detente, el Vaticano impulsó una ley que amenazaba con castigo ejemplar a quienes continuaran publicando «cosas de Roma» que eran privadas o consideradas erróneas: se le cortarían la lengua y un brazo al responsable de tal escrito.

No sé si de súbito hubo muchos mancos caminando por Roma o tratando de hacerse entender con gestos de la mano que le quedaba, pero lo cierto es que este modo brutal, pero efectivo de ejercer censura, callar la palabra impresa y mantener a raya a quienes desearan comunicar lo inédito de los Estados Pontificios no era de extrañar en ese mundo renacentista en que las Humanidades florecieron a pesar del sistema político jerárquico y tiránico de las ciudades-estado, reinos y ducados de la Europa de ese siglo.

Porque el orden del mundo, como lo conocían hasta entonces los dirigentes políticos del viejo continente, había sido alterado a ultranza cuando en 1455 el orfebre convertido en herrero e impresor Johanes Gutenberg, avecindado en Maguncia, publicó su primera obra impresa con tipos móviles: una Biblia.

De pronto, a raíz de ese invento, todo el conocimiento recogido a lo largo de milenios en manuscritos, pergaminos, libros copiados a mano y hojas sueltas podía darse a conocer con celeridad al público alfabetizado gracias a la ingeniosa incorporación de Gutenberg al oficio de imprimir, de pequeños moldes de letras en hierro, concatenados por un azar del destino, a dos elementos clave de la sociedad mediterránea europea: la vid y los olivos.

Porque él sencillamente tomó la idea de tipos —o letras— individuales (como las que hacían en Asia), forjadas en metal para que no se gastaran tan rápido como las planchas de madera, las colocó en una prensa adaptada de las de aplastar las uvas, y les untó una tinta a la que se le añadía aceite de olivo para que el papel la absorbiera mejor. Gracias a la posibilidad de imprimir palabras rápidamente, su invento aceleró todo, desde los descubrimientos geográficos o médicos, hasta las revueltas religiosas, pasando por la posibilidad de compartir conocimientos científicos mediante *journals de savants* o

panfletos políticos saturados de peligrosas ideas como la de que ningún gobernante estaba —ni está— nombrado por Dios para regir en esta Tierra. Esa invención, además, llevó al desarrollo de un oficio en extremo maravilloso, en extremo peligroso, en extremo necesario, todo en extremo, y que es el que nos convoca hoy aquí: el del periodista, el del que pregunta, indaga, sopesa, comunica y sigue preguntando, el oficio de Benjamín Torres Gotay, quien hoy accede oficialmente a la Academia Puertorriqueña de la Lengua Española.

En su discurso, «La restauración de Babel: la lengua ante la posverdad y la fractura de las palabras y los significados», Benjamín, desde el principio, destaca el binomio que le identifica y que le ha hecho merecedor de múltiples distinciones a lo largo de su vida: su vocación gremial y su amor por la palabra, pues pocos compañeros periodistas contemporáneos gozan de la estima y la admiración que constantemente acompañan a este columnista, editorialista, «podcastero», encargado de reportajes especiales, entrevistador y narrador, tanto por el rigor periodístico que se impone a sí mismo, como por el uso del lenguaje.

Torres Gotay mira hacia atrás, al origen de nuestro mundo apalabrado y lo compara con el actual. Imagina la maravilla de la creación del lenguaje, de la sencillez del lenguaje primigenio de un idioma, de cuando en castellano una piedra era una piedra, dice, y un árbol era un árbol y señalar al cielo nocturno exclamando «luna», de seguro, como sucede aún hoy día, convocaba a versificar a los que estaban llamados a ser poetas. Y, como muchos de nosotros, lamenta cómo se va falsificando el mundo apalabrado, o cómo se va limitando. Mientras tuviesen un mismo significado para todos los de una comunidad de parlantes, las palabras eran vehículos de comunicación y permitían que nos entendiésemos los unos con los otros.

Pero enlazada a la historia de la Humanidad, que desde sus comienzos nos muestra como seres que entablamos guerras, cometemos masacres o gestamos enemistades, la palabra se problematiza, afirma, y deja de ser solo un «instrumento de comunicación» que señala, explica, consuela o enamora, para volverse arma que hiere, corta, desgaja, mata.

Torres Gotay ejemplifica esa vertiente de la palabra usada para herir con un curioso insulto mesopotámico de alguien que dice a un compueblano: «eres hijo de una mujer que no sabe cocinar» y ese enunciado demuestra no solo cómo estigmatizamos con palabras, sino la continuidad de los prejuicios, pues 2,500 años más tarde, es decir, hace unas dos semanas, escuché a un obrero de la cuadrilla que reconstruye la casa contigua a la mía argumentar con vehemencia a sus compañeros: ¿cómo uno se va a casar con una mujer que no sabe cocinar? En la arqueología de la narrativa humana encontramos intactos algunos rastros de nuestros orígenes.

Pero la preocupación mayor del periodista no se centra en lo que sucedió hace milenios con las palabras sino, tal cual procede en el mundo periodístico, en la inmediatez, en lo que sucede hoy día.

Torres Gotay llama «sacudida telúrica» al advenimiento del Internet junto con el desarrollo de los microchips con capacidad de almacenamiento de millones de datos, por lo que este proceso que estamos viviendo ha causado en las comunicaciones —y por ende en el ámbito de las palabras— y que quizás solo es equiparable, en la historia de la humanidad, con lo que provocó Gutenberg en su momento.

Pues ambos, la imprenta de tipos móviles que germinó a mediados de los 1400 y que eventualmente llevó a la comunicación masiva, y el Internet, que quinientos años más tarde nos lleva a la comunicación individual con todos en el

planeta, cambiaron de manera contundente el modo de concebir el Mundo y de ubicar nuestro lugar en él. Y en ningún renglón del devenir ciudadano se nota con mayor intensidad esa revolución social que en el llamado «discurso público», afirma el autor.

Los paralelismos son impresionantes. Porque cuando a principios del siglo XIX, durante la expansión del periodismo de masas, en la ciudad de Nueva York, se tuvo acceso a pequeñas imprentas manuales, un impresor podía instalar una en su departamento de un multipisos, y, muy de mañana, bajar a rondar el vecindario, entrevistar gente y escribir unas notas sobre lo más reciente que había acaecido. Entonces, regresaba a su hogar, colocaba en los cajones de impresión los diminutos tipos móviles que iban conformando las noticias que había escrito, los ajustaba a su prensa, los entintaba, ponía una hoja de papel e imprimía. Luego bajaba al vecindario y vendía su *penny paper* a sus conciudadanos.

Esa libertad absoluta de expresión e impresión se fue perdiendo conforme se desarrollaron las enormes prensas que imprimían miles de periódicos de varios folios en cuestión de horas, y los dueños de esos medios fueron adquiriendo el poder y sentando las pautas de qué se iba a publicar y qué no.

El desarrollo de los periodistas profesionales, la injerencia de los anuncios en las páginas de los diarios y el poder político magnificado que las publicaciones tuvieron a lo largo de los siglos XIX y XX restringieron las voces individuales y autóctonas de la sociedad civil en el asunto del periodismo. Por eso, como bien apunta Torres Gotay, hasta hace unos años, había un monopolio de lo que se podía tratar públicamente, que estaba en manos de «unos pocos afortunados periodistas, escritores, personalidades públicas, gobernantes, farándula e iglesias». Y en un relámpago, dice, llegamos al pandemónium de hoy en el que cualquier individuo con un teléfono, acceso

a Internet y una cuenta en la red puede tener un facsímil de periódico.

Se vuelve a democratizar, por tercera vez y ahora quizás para siempre, la transmisión de datos, noticias y saberes, y gracias al acceso al ciberespacio las palabras de un individuo desconocido hasta hoy, pueden tener el mismo efecto en una audiencia que las de un rey, un empresario, un gobernante o un periodista.

Ese hecho, de primera intención se celebra, porque permite que las voces de todos se escuchen, que las ideas y las palabras no se censuren; pero también, aterra, por el poder tan abarcador que otorga a quienes usan las palabras para falsificar datos, o para esconderlos, y porque no está sujeto a ninguna de las normas ni a la ética que practican los periodistas verdaderamente profesionales. Ya desde 1964 Umberto Eco vaticinó este ambiguo sentir en el título que dio a su ensayo precursor de análisis de la cultura de masas: *Apocalípticos e integrados*. Porque esta revolución de las redes sociales convoca a todos a la mesa y no solo a los que dominan los medios de información, pero permite que las más grandes mentiras se vistan de verdades y paseen por campos y ciudades sembrando el caos informático.

Añade al desasosiego el hecho de que cuando Eco publicó ese ensayo no existían las redes sociales que, a la vez que comunican, si no sabemos manejarlas, nos meten de cabeza en una tribu de «amigos» que piensan y viven como nosotros mismos y que van limitando poco a poco toda posibilidad de escuchar otras voces, crecer cultural y políticamente, buscar soluciones a los problemas desde otras perspectivas.

Y tampoco existían los algoritmos que clasifican y van regulando los contenidos a los que uno tiene acceso. Torres Gotay advierte que ese suplir a las personas de datos ajustados a su visión de mundo puede ir achicando nuestros horizontes

intelectuales hasta encerrarnos en lo que investigadores de la Universidad de Venecia han bautizado «cámaras de eco» que van repitiendo lo que ya creemos hasta llevarnos quizás a posiciones más extremas. Cada quién en su celda con sus amigos virtuales, vamos perdiendo la posibilidad de diálogo y con ello el poder comunicador y humanizante de la palabra. Aun hablando un mismo idioma, parece advertirnos el autor, estamos abocados a la incomunicación de una torre de Babel.

¿Pero por qué preocupa esto tanto a un periodista como él? Precisamente porque Benjamín Torres Gotay representa la antítesis de ese mundo que no integra nuevos saberes, y que, por el contrario, los va excluyendo cada vez más; un mundo que, en manos del autoritarismo, aunque gocemos al fin de unos espacios para la comunicación que libera, escoge borrar conocimiento, reprimir a quienes se abren al diálogo y hasta obliterar de los documentos las palabras cuyos significados o definiciones lleven a construir vasos comunicantes. En su intento por revertir los avances en derechos civiles y justicia social que los países han intentado desarrollar a partir de la Segunda Guerra Mundial, los gobiernos dictatoriales en todas partes del mundo purgan conceptos, palabras y frases del epistolario y los memorandos oficiales para tratar de borrar las ideas que en ellos se sustentan.

Hace pocos días, el periódico *The New York Times* publicó una lista de decenas de palabras cuyo uso ha sido proscrito en documentos, cartas y contratos del gobierno federal de Estados Unidos bajo amenaza de que no se atenderán los asuntos plasmados en esas comunicaciones si se utilizan esos vocablos.

La lista es espeluznante y distópica, como el mundo en el que caímos de cabeza al comienzo de este año aciago de 2025 desde el día en que juramentó el presidente Donald Trump. Algunas de esas palabras y frases son las siguientes: antirracista, prejuicio, igualdad, comunidad diversa, disparidad, privilegio,

justicia social, estereotipo, crisis climática, energía limpia, subrepresentado, minoría, polarización, inclusión, feminismo, transgénero y, por supuesto, Golfo de México.

Intentando definir el quehacer de los periodistas en la época en que los diarios establecían las pautas de lo que concierne o no saber a la sociedad, el mordaz ensayista y humorista inglés G. K. Chesterton sentenció: «El periodismo consiste esencialmente en decir “Lord James ha muerto” a una gente que ni siquiera sabía que Lord James estaba vivo». Para entonces se confiaba en que a los periodistas profesionales les tocaba escoger qué cubrir para mantener al día a las personas en todo lo que atañe a su comunidad.

La democratización que supuso el desarrollo de las nuevas tecnologías ha transformado esa realidad, pero al cualquiera apropiarse hoy día del título de comunicador, o *influencer* o administrador de redes sociales se abroga de inmediato un poder que permite soslayar la búsqueda de la verdad.

De las tres virtudes esenciales del periodismo tradicional informativo: concisión, claridad y precisión, esta última es la más importante porque tiene una carga moral para quien desea ejercer la profesión periodística.

Y es esa la que distingue a Torres Gotay, la que hace que se aquilate la notable y sustancial obra apalabrada que le ha ganado la distinción entre sus pares, que es la más valiosa, pues cualquier organización puede hacer una gala y dar premios a diversos profesionales, pero cuando los del propio gremio reconocen a uno, cuando los que saben de un oficio distinguen a quien los representa, entonces sabemos que hay algo muy sólido tras esa distinción.

Precisión es también lo que buscamos al leer continuamente su columna cuyo título encarna: «Las cosas por su nombre». Nombrar y apalabrar, ejercer el periodismo esgrimiendo palabras para denunciar a los corruptos o cobijar con ellas a

los desamparados de la sociedad, como todos los periodistas cabales, nuestro nuevo compañero académico convive con las palabras todo el tiempo que está despierto y, de seguro, también mientras duerme. Sus días, afirma, comienzan envueltos en las letras del castellano que le identifican.

Benjamín Torres Gotay es un malabarista de las letras, que no se amilana a la hora de destapar la corrupción o evidenciar una injusticia, no importa cuánto le amenacen o traten de censurar. Lo mismo escribe una crónica que un editorial o lleva a cabo una entrevista o completa una investigación; y aunque le alarma que hoy tan impunemente las palabras se usen al azar para desinformar o malmeter, apuesta a que el honroso oficio al que se dedica siempre pueda devolverles su verdadero significado. «La vida, la libertad, la justicia», declara, «todo lo que es preciso defender, tenemos que hacerlo nosotros, todos los días, a todas horas, en toda circunstancia». Y añade que usándolas y cuidándolas, y «dando testimonio de su innegable valía», es que las palabras y sus significados sobreviven.

Es lo que ha hecho toda su vida este periodista ejemplar que por su verbo certero y preciso, en la Roma del siglo XVI habría perdido quién sabe cuántas partes.

Afortunadamente para nosotros, continúa intacto aquí, en el país natal que tanto ama, entregado como pocos a su profesión, con la enorme carga de ser ejemplo y faro de muchos jóvenes periodistas y con la feliz encomienda de compartir sus letras con todos nosotros.